

La tormenta solar (y las paranoias científicas)

Héctor Manuel Sánchezbenitez Tamayo*



Recepción: 23 de julio de 2010

Aceptación: 30 de agosto de 2010

* Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia,
Universidad Autónoma del Estado de México. México.
Correo electrónico: terribilia_meditans@hotmail.com;
hmst@itesm.mx

Como todas las mañanas en que el insomnio me levanta antes del amanecer, me encontraba en mi despacho escuchando el tremendo silencio que la mayor parte del tiempo a esas horas domina el ambiente, pensaba en algunas de las actividades que tendría que realizar durante el día, cuando de súbito se fue la luz y todo quedó en una absoluta oscuridad, más que en otras ocasiones, de hecho fue la primera vez que en ese lugar experimentaba un apagón, pues apenas había acondicionado este espacio vital en mi casa, un tanto aislado y apropiado para trabajar y soñar despierto. Por supuesto que me quedé disfrutando del momento, de esa combinación ambiental de quietud, aislamiento y ausencia total de luz, que se experimentaba cuando la ciudad duerme, cuando de súbito apareció una extraña idea en mi mente, pues era tal la apacibilidad que se prestaba para la imaginación extrema o también para la reflexión sistemática.

Supuse que habría ocurrido una tormenta solar, que es un fenómeno que ocurre periódicamente pero que no puede determinarse con exactitud cada cuándo y aunque se considera que la última ocurrió en 1859 y se le denominó “Evento Carrington” en honor al científico que la detectó, no se sabe en qué momento será el siguiente. El fenómeno consiste en una explosión natural del sol

que expulsa una gran cantidad de plasma y que es capaz de anular todos nuestros componentes eléctricos o electrónicos, a pesar de los 150 millones de kilómetros que separan a nuestro planeta del sol. Así, ese envío exagerado de energía dejará a las civilizaciones actuales paralizadas pues no funcionará nada que dependa de la electricidad, lo que incluye a todas las máquinas que con más o menos circuitos o chips funcionan para satisfacer múltiples necesidades de nuestro tiempo.

Con aquel apagón me pregunté si lo que habría ocurrido fue el fenómeno de una tormenta solar, si la luz se habría ido como producto de este caprichoso hecho propio de la vida de la estrella que nos ilumina y nos hace vivir. Tal vez en otro tiempo, en el siglo XIX, esto no hubiese tenido mayores repercusiones, pero hoy en día cuando todo depende de la información procesada por chips y por ordenadores, las consecuencias serían terribles.



Ilustración: Alejandro Ramírez Nava

Me imaginé que no servirían ninguna de las comunicaciones internas de las máquinas o las telecomunicaciones a partir de las cuales se realizan miles de transacciones, que la energía eléctrica se dejaría de suministrar, que los transportes privados y públicos se quedarían estancados, que las tiendas y los pagos con informaciones sobre ahorro o crédito también se anularían, que las oficinas públicas y privadas perderían su información y que con todo ello, no quedaría más que un montón de máquinas y de personas perdidas dependientes de la tecnología incapaces de accionar sin los datos operativos en los que basamos nuestra vida cotidiana, desde las compras hasta la organización del transporte, la extracción de petróleo, las transacciones bancarias, la carburación de motores, la apertura de puertas y ventanas en instalaciones diversas, etcétera.

Algunos científicos afirman que el plasma ocasionaría la muerte de seres humanos, mientras otros afirman que únicamente nuestros múltiples aparatos dejaría de funcionar; lo cierto es que todo cambiaría radicalmente y yo estaba al tanto de ello, me quedaba claro que nada sería igual y que no sería fácil volver a formas de organización social anteriores a la era de la electricidad y de la electrónica pues nuestra civilización es totalmente dependiente de los componentes que la tormenta destruiría, que en el mejor de los casos podríamos realizar reparaciones, pero que el tiempo que éstas se llevaran a cabo, sería crítico.

Así, pensé con cierto pánico, los seres humanos reaccionaríamos en un principio, con alguna indiferencia y confiados en que el problema se solucionarían pronto, siempre ignorantes de cómo y quién, pero que se harían cargo los “ellos” en quienes pensamos

siempre que ocurren hechos más allá de nuestro horizonte inmediato. Sin medios de comunicación estaríamos aislados dentro de nuestros habitáculos y comunidades, incapaces de saber qué habría ocurrido y con la esperanza de que todo volvería a la normalidad en un lapso de tiempo razonable; le preguntaríamos al vecino su opinión y si sabe algo más que nosotros; al cabo de unas horas entraríamos en poco a poco en el temor que la incertidumbre provoca, sobre todo cuando nuestros vehículos no arrancaran, ni nuestros aparatos volvieran a operar; es aquí cuando los más inteligentes y conocedores del problema se abastecerían como pudieran de pertrechos, mientras que los más ignorantes dejarían pasar incluso días hasta que el hambre, la sed y la falta de información los llevara a actuar como una masa irracional, esto es, violentamente. Es de suponer que se cometerían los delitos propios del desabasto que llevan a las personas a arrebatar la comida y el agua a quien los tenga, sean negocios o casas habitación.

En tales circunstancias, con una autoridad aislada y sin intercomunicaciones sería complicado detener a las hordas de personas que asaltarían establecimientos o casas para alimentarse, además muchas de las armas con las que se mantiene el orden tampoco funcionarían dejando impotentes a los actuales mecanismos de control social que se basan en la eficiencia tecnológica.

En lo personal y al haber detectado tal fenómeno, consideré que tendría que hacerme de provisiones, aunque de antemano me quedó claro que sería un remedio temporal y que podría correr el riesgo de ser asaltado si se corría la voz en mi comunidad de que tuviera algo de recursos. Tan sólo imaginar de lo que es capaz de hacer la masa irracional que hoy no es capaz ni de esperar un turno, ni de guardar el orden en una fila o en un semáforo; me era evidente que



Ilustración: Alejandro Ramírez Nava

el riesgo sería muy grande para quienes esa masa supusiera que tienen víveres. Estaba claro en mis pensamientos, que en el mediano plazo no podría resistir, que no me quedaría forma de proteger a mi familia y que el futuro personal como el de la humanidad sería patético, ya que lo más seguro es que hubiesen muchos actos violentos, levantamientos y pleno desorden como producto del hambre.

En pocos minutos me quedó clara nuestra dependencia de la tecnología, del uso extendido que le hemos dado y la confianza que tenemos en que siempre habrá de funcionar con precisión; que poco pensamos en vivir sin ella y sobre todo, en organizarnos socialmente al margen de las comunicaciones que utilizan como soporte medios electrónicos, pues es exagerado el uso que les damos y que ha desplazado paulatinamente a las interacciones presenciales, a los encuentros y formas de organización comunitarias, para colocarnos en redes globalizadas que dependen totalmente de la eficiencia tecnológica.

Luego de imaginar el caos que la irracionalidad produce en las masas, en ese sujeto que se manifiesta claramente en concentraciones multitudinarias y que aplasta al individuo, decidí que tenía dos opciones, luchar o morir. La primera opción me di cuenta que era

producto del idealismo con que nos formaron y del cual se aprovechan todas esas filosofías del desarrollo personal que son tan cuestionables y que en ciertos casos, hacen que las personas vivan una especie de alucinación casi divina de bienestar y de felicidad, que los aleja de la realidad, pues creer en las bondades de las personas no siempre es confiable, especialmente cuando se comprende que también en ellas vive la maldad, la codicia y el egoísmo.

Supuse que al comienzo las consecuencias de la tormenta solar serían asimiladas con una cierta racionalidad, buena voluntad y apacibilidad, pero al cabo del tiempo se transformaría en desesperación, agresión e individualismo; consideré ocurriría una guerra total de todos contra todos, donde la desesperación nos haría ver a los otros como enemigos, donde se suscitaría un caos del que difícilmente se podría salir librado. Es cierto que supuse que en el largo plazo habría soluciones, pero que en lo inmediato no, más aun, sabiendo cómo es la conducta de la gente con la que convivo, esto es, incapaz de ser paciente o de ser respetuosa, de ser tolerante y justa, especialmente cuando alguien pone el desorden, basta observar cómo se comporta la masa cuando alguien decide no respetar un carril en una carretera o acceso, para lo cual

siempre estará acompañado de quienes deseaban hacer lo mismo pero que necesitaban que otro lo hiciera primero.

Me imaginé que las condiciones de esa guerra no serían convencionales, que al contrario el estrés nos llevaría a una lucha sin precedentes. Con aquel pesimismo seguí imaginando acontecimientos hasta que amaneció, hasta que apareció la luz proveniente del mismo sujeto que nos la da y nos la quita, no en balde fue Dios hasta que se nos impuso el génesis bíblico. Hasta entonces salí de mi cuarto sin saber si mi fantasía era sólo producto de mi imaginación o era real, pues la luz no regresó sino hasta la tarde de ese día, por un instante tuve temor pero decidí arrancar el auto, que al encender me produjo una fuerte sensación de paz, me sentí a salvo de un peligro que sé que existe pero que ignoro cuándo se presentará.

Lo curioso es que paradójicamente nuestra mayor aliado como lo es la tecnología, es también nuestro mayor riesgo, tal es nuestra dependencia como civilización y como individuos y me pregunto si necesitamos pensar más sobre las consecuencias negativas que tiene el desarrollo tecnológico en la organización social para encontrar alternativas al momento que ocurra una tormenta solar, que al fin y al cabo se dará.

ergo

"Nada es estático, todo cambia y se mueve"



INFORMA

Como parte de la evolución de la revista, se busca que a partir de este año nuestra publicación siga manteniendo su perfil multidisciplinario, pero con un común denominador que será ahora la prospectiva, el análisis, las preguntas o proyecciones sobre el futuro, desde un punto de partida científico y riguroso.

Sabemos que esto constituye un enorme reto para todos, por eso los invitamos a hacer una transición paulatina. A partir del número tres del volumen 17, la revista comenzará a dar prioridad a las colaboraciones que en su conjunto o en una parte importante se planteen preguntas o propuestas sobre el futuro, sobre la prospectiva y sobre la especulación.

